

# PREMIOS NARRATIVA Y POESIA FERIA 08

## PREMIO NARRATIVA INFANTIL-JUVENIL LA SALVACIÓN LA TRAJÓ EL SILENCIO.

TATIANA CAZORLA CABEZAS (17 años)

SEUDÓNIMO: HADA GRIS.

Hoy puedo recordar cierta época de mi vida produciéndome únicamente un triste y melancólico cosquilleo. Desde aquel día, he conocido la pobreza, las pestes y epidemias, el hambre, pero nada conseguirá que me arrepienta de aquel día en el que maté a un hombre por la libertad de mi pueblo, pues sé que, de no haberlo hecho, el rumbo de mi nación hubiera sido quizás peor.

Los años en los que corre mi historia eran sombríos, todos desconfiaban de todos, la familia real había sido secuestrada y el país estaba liderado por extranjeros que nada sabía de su belleza, pues no corría ni una sola gota de sangre española por sus marchitas venas francesas.

Era de noche cuando monte en mi caballo y me dispuse a salir de Ávila al abrigo de la oscuridad. Las puertas de la ciudad estaban cerradas por lo que tuve que despertar al guardia que se había dormido en su puesto para que desobstruyera mi camino. Éste aunque reticente, me abrió las puertas olvidando en su somnolencia, preguntarme quién era y hacia dónde iba en medio de la noche, mejor así. Una vez abierta las puertas las crucé raudo y ya me perdía en la distancia cuando el guardia debió comprender lo que había hecho y mando a tres hombres en mi persecución. Pronto me dieron alcance y me ordenaron detener mi montura. Así lo hice pues no podía levantar sospechas.

- ¿Quién sois vos y qué destino tenéis partiendo de forma tan repentina y sospechosa?

- Mi nombre es Rodrigo Valdivia y voy hacia Madrid a visitar a mi tío, que cayó enfermo la pasada jornada.

-¿Y por ello debéis partir en la madrugada como un proscrito?- dijo otro de los guardias.

-Tengo orden explícita con respecto a vos, señor Valdivia, quedáis arrestado.

Se me privó de todo, desde comida y agua hasta luz del Sol. Pero lo que yo más añoraba era una conversación inteligente, algo más que los insultos que me dirigía el guardia que me vigilaba. Sin duda necesitaba cambiar unas profundas palabras con alguien digno de ellas, y así olvidarme y apartarme del horror en el que estaba sumido.

A los tres días de mi encarcelamiento, la suerte pareció apiadarse de mí, satisfizo la más ferviente de mis necesidades. Trajeron a mi celda a un hombre alto y terriblemente pálido, con unos ojos negros muy vivos, portadores de una mirada arrogante y atrevida que atrapo mi atención por diferenciarse del gesto sumiso que mostraban el resto de los presos. Este personaje se convirtió en mi compañero de celda.

Siguiendo mi costumbre de no enzarzarme en una conversación con cualquiera, observé atentamente al extraño hombre ( a quien los carceleros, a falta de datos sobre él, habían bautizado como Sigillum\* ya que de él no obtuvieron palabra alguna) Sigillum había aguantado el potro, los hierros candentes, las amenazas de fusilamiento y las más dolorosas de las torturas sin emitir sonido alguno, ni siquiera un gemido.

Durante mis días de observación, pude comprobar que permanecía tranquilo y le rodeaba una sensación de superación que los carceleros castigaban con palizas que Sigillum aguantaba con la cabeza bien alta. Pronto se convirtió en una especie de héroe entre los presos.

Empezaron a darnos agua y pan, que comíamos rápido, y nos manteníamos con fuerza para morir viviendo cada día. Mi respeto y admiración por Sigillum crecieron considerablemente cuando, una noche de vigilia, vi que en la oscuridad el truhán escribía trazos en la arena del suelo. Me acerqué para ver qué formaban sus dedos y comprendí que eran fórmulas matemáticas y alquimistas de gran complejidad y sabias citas escritas en castellano, francés, italiano, hebreo y otra lengua más

que no supe identificar. Mi alegría fue infinita, Sigillum era toda una fuente de sabiduría, por fin alguien con quien hablar.

Estuve varias semanas intentando cruzar con Sigillum alguna palabra, pero él seguía sin comunicarse conmigo, ni oral ni por escrito. Más yo absorbía cada una de sus citas y explicaciones de todos los temas que él escribía por las noches, ajeno a todo. Sigillum se convirtió en toda una leyenda en la cárcel y los prisioneros empezaban a imitar su reticencia a colaborar con informaciones en su poder sobre la resistencia, guardando silencio ante todo mal que se les causara. Di gracias cada vez que, tras largos y dolorosos interrogatorios, me devolvían a mi celda con el cuerpo marcado con cicatrices de silencio, como cada hombre y niño que allí se hallaba. Por las noches se oían gritos que, en sueños, se liberaban de gargantas torturadas durante el día, negándoles así a los torturadores el placer de sacar de nosotros aunque fuera un gemido.

Los guardias se esforzaban por mantener a los reclusos bajo control, pero un día ocurrió lo inevitable; hubo una revuelta. Todos los presos se organizaron, sin importar su procedencia, sus problemas o sus discrepancias. Por unas horas lo que unos llamaban “desecho de la humanidad”, se convirtieron en la única humanidad existente. Todos y cada uno de los allí presentes se movieron a una, ayudando al anciano, al rezagado, al enfermo, peleando codo con codo para conseguir un fin común, tal y como la especie humana debería haber hecho desde sus principios. Los presos se levantaron, al grito de “¡Sublevación y libertad!”, en una empresa que culminó con éxito al quedar todos libres y uniéndose a aquella gloriosa revuelta que había empezado hace unas horas en las calles de Madrid, por la libertad y los derechos de una nación orgullosa.

Pero antes de huir, Sigillum me agarró del hombro y escribió en el suelo: "*Soy mudo*"

\*Sigillum: en latín, sello.

# PREMIO NARRATIVA ADULTOS

**TITULO: POSTAL DESDE PARÍS**  
**Gines Sánchez García (Granada)**  
**Seudónimo: YLYA SABICA**

Largos pasillos y el sonido de una cisterna rota. Esa sería tal vez mi primera evocación del franquismo.

Bueno, también la luz de aquellos ventanales inaccesibles, a donde no llegaba, primero por mi corta altura, y que yo creía daban al mar, es decir, a la libertad tan anhelada por mí; porque odiaba las varas de D.José, unas más gruesas que otras y que destrozaban mis manos; y odiaba también los oscuros sermones de D. Pedro, el Párroco, que amenazaban mi mundo interior, mis sueños, y también mi frente, que aporreaba con sus nudillos sin piedad.

Aquellos ventanales daban en realidad al patio, a las palmeras que había en la entrada principal del Colegio, junto a la escalinata de mármol blanco levantado por las hierbas

Pero yo en mi imaginación soñaba tras aquellos ventanales, e intenté en alguna ocasión, siempre en vano y con ayuda de las sillas, mirar tras ellas. Imaginaba el mar, e incluso llegaba a oír el sonido de las olas.

Y pensaba también que aquellos ventanales daban a mis catorce años, que tanto ansiaba; envidiaba por ello la edad de mis hermanos Emilio y Jerónimo. Ellos vivían en Almería, junto al mar. La edad, pensaba yo, era un arma que pondría en mis manos el valor y la seguridad ante ese Mundo, ante tanto mensaje sin descifrar.

Un mundo que estaba ahí fuera, esperándome, lleno de mensajes y códigos secretos; como me esperaban los sombreros de mi abuelo Ángel, que un día me pondría sobre la cabeza. Como me esperaba la mesa de su cuarto, con el tintero incrustado en la madera, los libros.

En un cajón secreto, que mi abuelo cerraba con llave, había libros extraños de autores desconocidos para mí, y que mi abuelo guardaba en secreto, celosamente.

Esos autores eran Antonio Machado, Don Miguel de Unamuno, Valle Inclán, André Gide, García Lorca. Desde entonces, ese cajón sería otra salida al mar, como los ventanales. Sentado en sus rodillas, mi abuelo me hablaba de Machado. El poeta fue maestro de escuela durante la República –decía mi abuelo–; como lo fue él mismo de forma provisional, me contaba, en el cercano pueblo de Serón.

*-Me gustaba andar los ocho kilómetros que separan Tíjola de Serón, donde estaba la Escuela. A veces, un camión lleno de trabajadores de las minas de Hierro, paraba y se ofrecía acercarme hasta la Escuela; pero yo prefería el camino a pié. Después, de regreso, me llenaba el bolsillo de almendras y me las partía junto a la ermita de San Isidro, que viene a ser la mitad del trayecto. O abría un libro que siempre me gustaba llevar bajo el brazo.*

*Nunca comprendí por qué mataron a Lorca. Hicimos una guerra sin sentido, en la que todos perdimos.*

Mi abuelo no tuvo enemigos en ninguno de los frentes, a pesar de que al comienzo de la Guerra intentaron matarlo en los dos bandos.

Lo buscaban siempre de noche, y él se refugiaba por los Azarbes. Pero luego les fue útil, tanto a unos como a otros; a la República como maestro, y a los Nacionales, luego, como funcionario en el Ayuntamiento.

Pero el corazón de mi abuelo, que era liberal y culto, sabía atravesar aquellos ventanales que daban a la libertad y al mar, porque él sí creía en la libertad; y porque leía, se enorgullecía de contar cuando estrechó la mano de Don Miguel de Unamuno en Almería.

Cuando pienso en mi abuelo, pienso en la luz de los altos ventanales, y oigo el vuelo de los pájaros, las golondrinas que repiten cada primavera el mismo ritual, y nos traían aires de libertad, arena entre las patas, de otras latitudes, polvo tal vez de los desiertos que hay junto al Nilo.

O traen alguna rama en el pico de lugares que no sé, remotos en el mapa.

Los largos pasillos del Colegio conservan el eco de las voces infantiles, y la lluvia tras los cristales de la que hablaba Machado. La tristeza de aquellos días me servía de arma contra la muerte, porque la muerte no es ni triste ni alegre, sino algo vacío. La tristeza puede mostrarnos la belleza que hay en las cosas. Lo aprendí con la muerte de mi padre, y lo aprendí un año después con la de mi abuelo.

Hay personajes de aquella época que aún me ponen los pelos de punta. Además de los golpes en las sienes que Don Pedro nos daba, sólo el recuerdo de Eugenia me pone aún los pelos de punta; aquella mujer sucia y harapienta que se colgaba una serpiente al cuello como un fular, y nos amenazaba desde lo alto de El Paseo cuando salíamos del Colegio, o nos tiraba piedras, y alguna rana muerta, seca.

A veces corría tras nosotros insultándonos, o se ocultaba tras los setos del Paseo y reía, se reía de nosotros, de sí misma, nos insultaba, o nos invitaba a su rincón oscuro, tal vez con la intención de degollarnos.

Es por ello por lo que volvíamos, a la salida del Colegio, en pequeños grupos, Javier, Lázaro, María Luisa (que moriría unos años después ahogada en Ceta), Alfredo, Ovidio.

Me ponía también los pelos de punta ver andar a Mariquita Flor. Andaba hacia atrás como un cangrejo; después daba unos saltitos hacia delante, inútilmente, porque volvía a andar hacia atrás. No llegaba nunca a donde quería. Pienso ahora que nos representaba a todos. No solo ella andaba hacia atrás, sino que todos andábamos hacia atrás, como en un film de Charles Chaplin. España entera iba hacia atrás, nadie sabía hacia donde, ¿hacia la oscuridad?, ¿hacia la muerte? Olía

a muerte. Un día, en mi camino al Colegio, me encontré un gato muerto, degollado, destrozado por las piedras.

El olor nauseabundo de aquel animal impregnó mis libros de texto, mi bocadillo, y mi ánimo.

En “Así que pasen cinco años” de Federico García Lorca, el poeta pone voz a un gato muerto: *“iba por el tejado... / en la mañana / iba a recoger los peces por el agua / y al mediodía / bajo el rosal del muro me dormía”*

Alfredo y Ovidio fueron grandes amigos de la infancia. Jugábamos en los bajos de mi casa, donde siempre había cajas vacías, retales, tablas. Allí imaginábamos nuestro pequeño mundo, un mundo hecho a nuestra medida, sin miedos.

Nos sentíamos libres en aquel espacio de cuarenta metros cuadrados con una sola ventana. Construíamos con cajas nuestros barcos y navegábamos en océanos infinitos. En aquel bajo estaba el coche de mi padre, que quedó anclado cuando él murió. El coche, como un extraño navío, se sumó a la causa de nuestra libertad.

En aquel mundo nuestro no cabían ni el Párroco con sus sermones y sus golpes en la cabeza; ni Eugenia con sus ranas, sus serpientes; ni tampoco Mariquita Flor, que sólo era una retrasada mental, pero simbolizaba al Régimen.

Un día, Alfredo se fue a Francia y yo miré las huellas de aquel coche que se lo llevó, llena la baca de maletas y de sueños franceses. Había llovido durante varios días y las huellas del coche quedaron esculpidas en el barro durante mucho tiempo.

Igual que los altos ventanales, o el cajón de la mesa de estudio de mi abuelo, con los libros de Machado o de André Gide, aquellas huellas en el barro se convirtieron para mí en un nuevo símbolo de libertad. Lloré la ida de Alfredo. Le escribí y me contestó. Esperaba sus cartas, las leía y releía, y alimenté así mis sueños en aquellos años de la infancia.

Su nombre, Alfredo, significa desde entonces Libertad. Mi amigo Libertad del alma, que atravesó los ventanales de la escuela, como mi abuelo o como los pájaros.

Quisiera llamarme como él, Alfredo, colgar su corazón azul en mi solapa gris, el verde de su nombre que me regalaría ya para siempre el color de los campos de Francia. O las calles de París y su música, el bullicio de Montparnase y la risa de sus bares, la alegría.

\* \* \*

## **PREMIO POESIA INFANTIL-JUVENIL**

**Título: Carne y Sesó**  
**Álvaro Pérez Narcíandi (17 años)**  
**Seudónimo: SCARAMOUGE**

Somos personas de carne y seso,  
mas no se sabe por cuánto tiempo.

Llamaban pan y circo  
a las tardes de partido.  
La caja boba escupiendo,  
éste es el opio del pueblo.

Más que a fuerza de adoquines,  
mejor que luchas violentas,  
vivan las plumas virulentas:  
los libros, nuestros motines.

Pronunciar para acabar  
con todo pronunciamiento.  
La tierra me trague si miento:  
el odio odia al pensar.

Leyendo, aprendiendo, andando,  
convirtiéndome en un sabio,  
será así el cambio.  
Acompáñame al motín.  
Viajando bajo las nubes,  
viendo más mundo y personas,  
bajo el crujir de las lonas,  
alcanzaremos el fin.

Viajando sobre las olas,  
viendo más mares y tierras,

desiertos, bosques y sierras,  
se hará el mundo mejor.  
Caminando sobre las aguas,  
con los pájaros volando,  
pastando en distintos pastos.  
Así haré revolución.

## **PREMIO POESIA ADULTOS**

**Titulo: Destierro del silencio**

**Andrés R. Blanco (Madrid)**

**Seudónimo: Rogelio**

En esta sien letal  
que se me traza en gris y me derrota  
cualquier rastro de sol o de ternura  
no queda ya pasión  
para seguir lanzándose a la vida.  
Los vientos del futuro se me tuercen.  
Se me mojan las ansias. Y los sueños  
hacen causa común con el olvido.  
Hay navajas de frío que persiguen  
cualquier labio anhelante,  
cualquier mirada ardiente  
y todos los senderos que contengan  
una fronda común  
hacia el rumor que envuelve el horizonte.  
En esta sien cercana y opresora  
que me ordena cambiar las esperanzas  
por un caudal sin brillo sobre fondos de cieno,  
las tormentas se alían con el polvo  
y todo se hace niebla,  
espesura de sombras y motivos.  
En esta sien cortante como un rayo desnudo  
el terrible fulgor de su cristal  
me ha cegado los sueños.  
No queda sino darse a lo que vence,

entregar la ilusión como un marchito  
crisantemo empapado por la lluvia.

Pero decidme,  
decidme, por favor, que en vuestra sangre  
la luz ha desterrado la mudez de la nieve,  
su blancura sin vida,  
su silencio.

Decidme que los ojos se estremecen  
de nuevo en la belleza del ocaso,  
que han salido los hombres de sus tumbas  
formadas por la historia.

Decidme que se encienden las estrellas  
al paso de los besos,  
sobre los cuerpos que se abrazan,  
en las manos que luchan sin descanso  
para sembrar la vida.

Decidme que la aurora  
no llega como ayer,  
desfloreciendo anhelos,  
acallando la risa sin penumbra  
que guarda nuestra frente.

Decídmelo  
y yo os daré mis labios,  
mi aliento, mis miradas  
allende el horizonte,  
todas las rutas de mi sueño  
para enterrar bajo el común ladrillo  
que funde la esperanza nuevamente:  
ese afán, que no cesa,  
de ganarle al silencio la batalla.